

Los discursos en torno a la emergencia climática

Rubén Gutiérrez Cabrera

FUHEM Ecosocial es un espacio de reflexión crítica e interdisciplinar que analiza los retos de la sostenibilidad, la cohesión social y la democracia en la sociedad actual.

Colección Dosieres Ecosociales

© Rubén Gutiérrez Cabrera

Coordinación: Susana Fernández
Edita: FUHEM Ecosocial

Avda de Portugal 79, posterior, 28011 Madrid
Teléfono: 91 431 02 80
fuhem@fuhem.es
<https://www.fuhem.es/ecosocial/>

Madrid, mayo de 2020

Los discursos en torno a la emergencia climática

Rubén Gutiérrez Cabrera

Activista ecosocial. Graduado en Relaciones Internacionales por la Universidad Complutense de Madrid (UCM). Experto en Gestión y Promoción de Empresas de Economía Social y Solidaria

Resumen: En poco tiempo, la “emergencia climática” se ha convertido en nuevo marco con el que los medios de comunicación y la opinión pública global se refieren a la actual situación de crisis climática que enfrenta la humanidad, pasando de ser un concepto apenas utilizado a perfilarse como un eslogan con un potencial de incidencia en las políticas ambientales sin precedente. En este contexto, se vuelve fundamental indagar en los relatos surgidos en torno a la “emergencia climática”, pues del resultado de las batallas que se libran en torno a su definición e implicaciones dependerá en gran medida que las “declaraciones de emergencia climática” se decanten del lado de la sostenibilidad y la justicia climática, o del lado de un repliegue autoritario en forma de ecofascismo.

Palabras clave: Emergencia climática, Negacionismo, Sostenibilidad, Justicia ambiental, Ecofascismo.

La importancia de analizar el discurso. Para una guerrilla semiológica climática

Cuenta George Lakoff en su ensayo “No pienses en un elefante” el ejercicio que propone el primer día de clase a sus estudiantes en la Universidad de Berkeley. Este consiste en pedirles únicamente que no piensen en un elefante. Una tarea en apariencia sencilla: que hagan lo que hagan, no piensen en un elefante. Sin embargo, relata Lakoff, todavía ningún estudiante ha sido capaz de hacerlo. ¿Por qué? La razón, explica el profesor de lingüística, es la siguiente:

«Toda palabra, como elefante, evoca un marco, que puede ser una imagen o bien otro tipo de conocimiento: los elefantes son grandes, tienen unas orejas que cuelgan, y una trompa; se los asocia con el circo, etc. La palabra se define en relación con ese marco. Cuando negamos un marco, evocamos el marco».¹

Esta anécdota nos permite comprender un fundamento básico en la generación de los discursos e imaginarios sociales: el lenguaje no es neutral. La utilización de unos conceptos u otros evoca unos marcos determinados que condicionan nuestra manera de entender e interactuar con el mundo. En este sentido, el lenguaje no es solamente un vehículo que expresa ideas, sino que tiene una función constituyente de la realidad social. No solo nombra la realidad: la construye. Por ello, advierte Lakoff: «cuando hay que discutir con el adversario: no utilices su lenguaje. Su lenguaje elige un marco, pero no será el marco que tú quieres».²

1 G. Lakoff, *No pienses en un elefante*, Editorial Complutense, Madrid, 2007, pp. 6.

2 *Ibidem*.

Este planteamiento de Lakoff nos lleva a una premisa fundamental: en la medida en que el proceso de generación de imaginarios sociales está atravesado por conflictos y relaciones de poder, los discursos dominantes siempre serán el resultado de la disputa por el relato entre los diferentes agentes que pugnan por hacer hegemónicas sus visiones (partidos políticos, corporaciones, ámbito científico-académico, organizaciones de la sociedad civil...), algo que ha sido analizado en profundidad por los autores de la *Discourse Theory*. En consecuencia, si el lenguaje no es neutral y los discursos están mediados por las ideologías, decodificar la comunicación es un prerequisite para comprender el estado de las percepciones sociales respecto a cualquier cuestión, también (y sobre todo) respecto a las cuestiones ambientales.

Empecemos, por ejemplo, deteniéndonos en el concepto “desarrollo sostenible”. Acuñado en los años 80 bajo la hegemonía neoliberal y difundido en 1987 por el Informe Brundtland, este concepto proyectaba, mediante la yuxtaposición de las palabras “desarrollo” y “sostenible”, la aparente superación del conflicto existente entre el modelo de desarrollo neoliberal basado en el dogma del crecimiento, por un lado, y la sostenibilidad, por otro. Pese a que ya desde principios de los años 70 el Club de Roma había planteado la necesidad de fijar límites al crecimiento, lo que relegaba al concepto “desarrollo sostenible” a la categoría de oxímoron (unión de dos conceptos contradictorios entre sí), las tesis del decrecimiento no lograrían prevalecer, mientras que el marco del “desarrollo sostenible”, sin embargo, terminaría convirtiéndose en el núcleo del discurso ambientalista oficial desde la Cumbre de Río de 1992. Hoy, sin embargo, el fracaso de este paradigma es una realidad incuestionable.

¿Cómo se explica que un concepto-trampa³ como “desarrollo sostenible” haya conformado los marcos institucionales de la gobernanza ambiental global, mientras conceptos como “decrecimiento”, más acordes con los presupuestos científicos mayoritariamente aceptados, hayan quedado prácticamente excluidos de la discusión pública?

Responder a esta pregunta exige adentrarnos en las relaciones de poder y los procesos de acumulación de capital para comprender la mayor capacidad de las élites para articular discursos y estrategias a escala planetaria, controlar la opinión pública global y crear visiones hegemónicas. Capacidad que se sitúa más allá del plano discursivo, pero de la que los discursos son «huellas, pistas, hebras, síntomas que el analista debe saber describir e interpretar»⁴. Entender, como afirma Nuria del Viso, que «la crisis climática es un conflicto con estrategias enfrentadas»⁵, exige hacer un esfuerzo por rastrear dichos discursos para desentrañar las estrategias que hay tras ellos.

La importancia de la propaganda en relación al papel central que los medios de comunicación juegan en lo que Noam Chomsky ha denominado la «democracia del espectador»⁶ no puede pasarse por alto en este punto. Desde que el presidente Woodrow Wilson creara la Comisión Creel para diseñar la estrategia comunicativa con

3 J. C. Monedero, *El gobierno de las palabras. Política para tiempos de confusión*, Fondo de Cultura Económica de España, Madrid, 2011, pp. 34.

4 P. Santander, «[Por qué y cómo qué hacer análisis del discurso](#)», Cinta Moebio. Acceso el 17 de junio de 2019.

5 N. Del Viso, «[La crisis climática es un conflicto con estrategias enfrentadas](#)», CTXT, 16 de abril de 2019.

6 N. Chomsky e I. Ramonet, *Cómo nos venden la moto*, Icaria Editorial, Barcelona, 1993.

la que el gobierno estadounidense convencería a la población norteamericana, que hasta entonces era pacifista, para que Estados Unidos entrase en la Primera Guerra Mundial⁷, sabemos que los discursos propagados a través de los medios de comunicación son determinantes para la formación de una ciudadanía crítica.

De ahí que el debate acerca de si el lenguaje que utilizan los medios de comunicación describe con la suficiente precisión la dimensión del reto ecológico al que nos enfrentamos hoy sea ineludible.

No es casualidad que, en la primera de sus tres demandas, el movimiento **Extinction Rebellion** reivindicara desde su nacimiento que «el gobierno debe decir la verdad declarando una emergencia climática y ecológica, trabajando con otras instituciones para comunicar la urgencia del cambio»⁸. En esta línea, medios como *The Guardian*⁹, *La Vanguardia*¹⁰ y otros muchos han comenzado a cambiar en los últimos meses su terminología para dar prioridad a conceptos como “emergencia climática” o “crisis climática” frente a “calentamiento global” o “cambio climático”, siguiendo las consideraciones de plataformas de referencia como *EFEverde* o la Fundeu del BBVA¹¹.

Pero llegar a las salas de control de los medios de comunicación no es suficiente para transformar las percepciones del público. Umberto Eco sostenía que «los medios de comunicación de masas no son portadores de ideología: son en sí mismos una ideología»¹². Eco, que elaboró toda una compleja teoría sobre los procesos de significación producidos en las sociedades humanas, proponía la semiología como herramienta para comprender «todos los procesos culturales como procesos de comunicación»¹³. Y en su ensayo “Para una guerrilla semiológica”, el profesor y filósofo italiano afirmaba con gran lucidez que la batalla por el relato «no se gana en el lugar de donde parte la comunicación sino en el lugar a donde llega»¹⁴. Por este motivo, Eco sugería la necesidad de una estrategia de “guerrilla puerta a puerta” «para incitar a la audiencia a que controle el mensaje y sus múltiples posibilidades de interpretación».¹⁵

Siguiendo a Eco, una de las tareas más urgentes de nuestro tiempo probablemente sea la de desplegar una estrategia de guerrilla semiológica climática que sensibilice a la ciudadanía sobre la necesidad de interpretar críticamente los mensajes que reciben en torno a la emergencia climática. Pues de no hacerlo, corremos el riesgo de volver a ser arrastrados a nuevas guerras. En esta ocasión, en nombre de la emergencia climática.

7 *Ibidem*.

8 «[Our Demands](#)», *Extinction Rebellion*. Acceso el 23 de junio de 2019.

9 D. Carrington, «[Why the Guardian is changing the language it uses about the environment](#)», *The Guardian*, 7 de mayo de 2019.

10 M. Camps, «[La Vanguardia' dará prioridad a la expresión 'crisis climática', en lugar de 'cambio climático](#)», *La Vanguardia*, 6 de junio de 2019.

11 Redacción *EFEverde*, «[EFEverde y Fundeu propondrán mejoras en el lenguaje periodístico del cambio climático](#)», *EFEverde*, 4 de junio de 2019.

12 U. Eco, «Para una guerrilla semiológica» en U. Eco, *La estrategia de la ilusión*, Lumen, Buenos Aires, 1987.

13 U. Eco, *La estructura ausente. Introducción a la semiótica*, 3ª edición, Lumen, Barcelona, 1986, pp. 22.

14 U. Eco, «Para una guerrilla semiológica» en U. Eco, *La estrategia de la ilusión*, Lumen, Buenos Aires, 1987.

15 *Ibidem*.

La crisis ecológica es una disputa política. Los discursos en torno a la emergencia climática

Desde los años 90, el arsenal intelectual neoliberal, con Francis Fukuyama y su obra “El fin de la historia” a la cabeza, construyó un relato según el cual parecía inaugurarse un mundo posideológico y pospolítico. La caída del bloque comunista precisaba venir acompañada de un discurso que fuese funcional a la expansión por todo el globo del modelo capitalista, por lo que la instauración de un pensamiento único que no cuestionase el capitalismo era crucial.

Este intento de despolitizar la gestión de los asuntos colectivos permeó también los análisis ecologistas: pensar la crisis ecológica sin tener en cuenta la variable relaciones de poder es una tentación de la que el ecologismo tampoco se ha librado. Siguiendo a Santiago y Tejero, el catastrofismo y el tecnoutopismo¹⁶, pese a situarse en las antípodas ideológicas, representarían dos discursos ambientales rehenes precisamente de este mito:

«el mito pospolítico de una sociedad donde los conflictos reflejarían los acontecimientos, pero no interferirían en su curso. En ambos enfoques los procesos que definirían la evolución de una sociedad vendrían determinados por la energía y su declive, o por la tecnología y su despegue».¹⁷

Sin embargo, rematan Santiago y Tejero¹⁸, la crisis ecológica se expresa y se construye políticamente, siendo el resultado de disputas cuyo desenlace nunca está predeterminado. Disputas que, en buena medida, recordemos, se libran en el plano de los discursos.

Esto nos permite entender por qué en las movilizaciones internacionales por el clima llevadas a cabo durante el pasado año 2019, uno de los principales lemas presente en las miles de ciudades de todo el mundo era: “No es un cambio (climático), es una crisis (climática y ecológica)”. Mientras el marco “cambio climático” evoca un fenómeno físico, recurrente a lo largo de la historia del planeta y sin un origen necesariamente antropogénico, poner el foco sobre la “crisis climática” permite introducir el factor humano como causante principal de las alteraciones climáticas y apunta a la necesidad de una acción política para frenar dicha crisis. Esto sirve para ejemplificar cómo las organizaciones ecologistas tratan de imponer unos marcos que sitúen el debate en un terreno más favorable.

16 Se ha excluido de este trabajo un análisis detallado del discurso catastrofista, no porque no cuente a su favor con una ingente producción cultural o porque se subestime el calado de su carácter desmovilizador, sino debido a que, dada la extensión del tema aquí abordado, se ha considerado de mayor interés priorizar el análisis de los discursos que entrañan una mayor profundidad y trasfondo teórico.

17 E. Santiago y H. Tejero, *¿Qué hacer en caso de incendio? Manifiesto por el Green New Deal*, Capital Swing, Madrid, 2019, pp. 119.

18 *Ibidem*.

El acelerado agravamiento de la crisis ecológica y climática, sin embargo, ha propiciado que en el último año el marco que haya irrumpido con mayor fuerza para enfatizar el carácter urgente de esta crisis sea el de “emergencia climática”.

Recientemente esta noción ha ganado cada vez más terreno, sobre todo a partir de la difusión por parte del Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático (IPCC, en sus siglas en inglés) de su *Informe Especial de octubre de 2018*¹⁹ y del posterior discurso de Greta Thunberg en la COP24 en Katowice, Polonia.

Si bien el concepto “emergencia climática” fue impulsado durante la década de los 2000 mediante trabajos desarrollados fundamentalmente en Australia y Reino Unido de la mano de organizaciones como Beyond Zero Emissions o el Centre for Alternative Technology (véase la cronología de la difusión del concepto elaborada por la plataforma Cedamia²⁰), no tardarían en organizarse movilizaciones que tendrían como eje central la emergencia climática, dotando a este nuevo marco de contenido político y utilizándolo como herramienta de presión.

Una de las primeras expresiones de esto fue quizás la denominada “The Climate Mobilization”²¹, acontecimiento que tuvo lugar en 2015 en Estados Unidos, cuando una multitud de activistas comenzaron a organizarse para reivindicar una movilización de recursos a la escala de la Segunda Guerra Mundial para hacer frente a la emergencia climática. Poco después, tras la COP21 de París, se iniciaría en Australia una movilización que, por primera vez, exigía la declaración de emergencia climática al Parlamento Australiano mediante una carta abierta firmada por diversas personalidades australianas. Darebin se convertía así en la primera ciudad en declarar el “estado de emergencia climática” a finales de 2016 y en aprobar medio año después el primer “plan de emergencia climática”.²²

Hoy la “emergencia climática” moviliza a millones de personas en todo el mundo, hasta el punto de que, según el Diccionario de Oxford²³, esta palabra fue la más utilizada del año 2019. Asimismo, hay contabilizadas más de un millar²⁴ de declaraciones de emergencia climática por parte de administraciones nacionales, regionales, locales e incluso supranacionales, como es el caso del Parlamento Europeo, así como por parte de universidades y otras instituciones.

Pero, ¿qué proyectos de sociedad hay en juego tras las declaraciones de emergencia climática que incontables entidades se han lanzado a promulgar? ¿Cómo son los discursos que están disputando para moldear el contenido de dichas declaraciones? ¿Tiene las mismas connotaciones el concepto “emergencia climática” cuando es usado por los científicos del IPCC que cuando es usado, por ejemplo, por compañías aseguradoras de riesgos? ¿Lo evocan con los mismos fines los y las estudiantes que se movilizan cada viernes ante las sedes gubernamentales que los representantes de las corporaciones de la industria fósil?

19 Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático, «[Calentamiento Global de 1,5 °](#)», IPCC. Acceso el 16 de julio de 2019.

20 «[Early days of the 'Climate Emergency' movement](#)», Cedamia. Acceso el 20 de julio de 2019.

21 E. Foehringer, «[Should We Respond to Climate Change Like We Did to WWII?](#)», *The New Republic*, 12 de mayo de 2016.

22 «Minutes of the Council Meeting, Held on Monday 5 December 2016», [City of Darebin](#), Acceso el 14 de julio de 2019.

23 «[Word of the year 2019](#)», *Oxford Languages*, Acceso el 25 de enero de 2020.

24 «[Climate Emergency Declarations](#)», Cedamia. Acceso el 20 de julio de 2019.

A continuación, procederemos a tratar de clarificar de forma sintética algunos de los más destacables discursos relacionados con la “crisis climática” y por derivación con la “emergencia climática”. Para ello, hemos agrupado estos discursos en seis categorías que no funcionan como compartimentos estancos, sino que se entrelazan entre sí dando lugar a diversas visiones: el discurso científico, el discurso negacionista, el discurso del ecologismo político y la justicia climática, el discurso mercantilista, el discurso de la securitización y el discurso tecnooptimista. Mientras algunos de estos discursos se ubican más en el terreno del diagnóstico y la caracterización de la crisis climática (discurso científico y negacionista), otros se centran más en el tipo y la naturaleza de la respuesta que cabe dar ante esta crisis (discursos mercantilistas, de la securitización y tecnooptimista), mientras que el discurso del ecologismo social y la justicia climática nos servirá de engarce entre ambas categorías al contener de forma indisoluble diagnóstico y respuesta.

Discurso científico

El ámbito científico ha sido determinante en la creación de una conciencia global de la emergencia climática. Desde comienzos del siglo XX, pero fundamentalmente desde la década de los 70, la comunidad científica ha venido advirtiendo de forma cada vez más inequívoca sobre la gravedad de la situación ecológica y climática. La literatura científica en torno a la problemática climática se compone de una amplísima cantidad de estudios e investigaciones que con diferentes enfoques ha permitido sistematizar las evidencias del impacto de la acción humana en el clima, poniendo sobre la mesa los datos, modelizaciones y predicciones que han sentado las bases para que hoy se hable de emergencia climática.

Si bien el concepto “emergencia climática” no aparecería como tal hasta, al menos, la publicación en 2008 del “Climate Code Red: The case for emergency action”, donde David Spratt y Philip Sutton recogían buena parte de la evidencia científica sobre el clima existente hasta el momento, el uso de nociones similares podía encontrarse ya en 2003 en obras como “Plan B: Rescuing a Planet Under Stress and a Civilization in Trouble”, escrita por el ambientalista norteamericano Lester Brown²⁵. Sin embargo, la percepción de que la humanidad se encuentra en una situación de emergencia es algo que ha venido generándose de manera paulatina a través de la producción de estudios e informes que preceden al uso del concepto “emergencia climática”.

En esta línea, son destacables publicaciones como: el “Manifiesto para la Supervivencia” publicado en la revista *The Ecologist* en 1972, firmado 30 científicos; el ya citado informe “Los límites del crecimiento” publicado en el mismo año; la “Advertencia a la Humanidad” firmada en 1992 por más de 1.600 científicos de 71 países diferentes, entre ellos 102 premios Nobel; la petición “Científicos del mundo llamando a la acción” firmada en 1997 por 104 de los 178 premios Nobel de ciencia y unos 1.500 científicos; el artículo “Una comparación de Los Límites del Crecimiento con 30 años de realidad” publicado por *Turner* en 2008; la “Advertencia de la Comunidad Científica Mundial a la Humanidad: Segundo Aviso” firmada en la actualidad por más de 20.000 científicos; entre otros.

De esta forma, el consenso científico respecto a la problemática climática, expresado desde 1988 a través del grupo de expertos del IPCC, ha sido la punta de lanza que ha

25 «[Early days of the 'Climate Emergency' movement](#)», *Cedamia*. Acceso el 25 de julio de 2019.

permitido impulsar los discursos respecto a la “emergencia climática”, sobre todo desde el mencionado Informe Especial del IPCC de 2018 en el que se advertía de la necesidad de reducir las emisiones mundiales un 45% para el año 2030 para evitar los catastróficos impactos que conllevaría que la temperatura global excediera los 1,5°C .

Discurso negacionista

El consenso científico respecto a que la actual situación de emergencia climática viene causada por la actividad humana es ciertamente rotundo. Así lo demostró el geoquímico James Lawrence Powell cuando, tras revisar 69.406 artículos científicos publicados durante 2013 y 2014, constató que solo 4 de ellos (es decir, el 0,0058%) rechazaban el calentamiento global por causa antropogénica²⁶. También en esta línea, el avance del barómetro del CIS (Centro de Investigación Sociológica) de enero de 2020 refleja que el 83,9% de la población española cree que “se están produciendo cambios imprevistos en el clima debido a las acciones humanas sobre el medio ambiente y la naturaleza.”²⁷ Sin embargo, no podemos pasar por alto las posturas que sistemáticamente han negado este hecho, fuertemente impulsadas por poderosos actores que, motivados por la salvaguarda de sus intereses particulares, se muestran contrarios a cualquier forma de regulación pública contra el cambio climático.

Para entender el discurso negacionista climático tenemos que poner el foco, no tanto en los debates reales sobre la existencia o no de una emergencia climática y su relación con la acción humana, sino en las estrategias de ocultación y desinformación que desde hace más de medio siglo han venido sembrando confusión sobre este asunto, cuestionando sistemáticamente las evidencias de la ciencia climática, señalando a los científicos que la defendían y atacando a su reputación.

Quienes mejor han dado cuenta de esta realidad probablemente hayan sido la historiadora Naomi Oreskes y el historiador Erik M. Conway. En su obra *Mercaderes de la duda*²⁸, ambos autores relatan cómo desde los años 90 las grandes empresas de la industria petrolera (Exxon, BP, Shell...) han venido financiando toda una red de *think tanks* neoliberales y negacionistas, promocionando informes e investigaciones, financiando campañas políticas, obstaculizando las cumbres climáticas internacionales, etc., con el objetivo de sesgar la comprensión pública de la problemática climática y ecológica y evitar que se tomen medidas contra el cambio climático que perjudiquen sus intereses.

Por otro lado, buena parte de las noticias que aparecen en los medios de comunicación hegemónicos tienden a reproducir una suerte de negacionismo implícito por el cual se evita exponer la conexión existente entre la crisis climática, por un lado, y fenómenos meteorológicos como incendios, olas de calor, huracanes, etc., por otro. A esto hay que sumar que, en tiempos de la posverdad, en los que los debates políticos se ven a menudo distorsionados por informaciones no contrastadas o deliberadamente manipuladas, una de las principales armas políticas de las que se sirven los negacionistas es la difusión de *fake news* climáticas. En este contexto, los medios de comunicación funcionan a menudo como altavoz de mensajes diseñados para desviar el foco mediático y contrarrestar reivindicaciones políticas del lado de la justicia

26 J. Lawrence Powell, «Global warming: could scientist be wrong?», pp. 65 (mimeo).

27 Centro de Investigaciones Sociológicas, «[Barómetro de enero 2020. Avance de resultados](#)». Estudio nº 3271. Acceso el 18 de febrero de 2020.

28 E. M. Conway y N. Oreskes, «Mercaderes de la duda», CTXT, 12 de diciembre de 2018.

climática. Esta estrategia ha sido asumida por buena parte de la derecha y la extrema derecha en todo el mundo, como es el caso de Donald Trump, Jair Bolsonaro o el expresidente Mariano Rajoy, entre otros muchos.

Discurso del ecologismo político y la justicia climática

El abanico de movimientos sociales y políticos que hoy se movilizan bajo el paraguas de la “emergencia climática” desde posiciones transformadoras también ha crecido considerablemente en los últimos años. En el ámbito de las organizaciones ecologistas hemos visto nacer nuevas organizaciones entre las que cabe destacar Extinction Rebellion, Fridays For Future o By 2020 We Rise Up, entre otras. También en el panorama de la política institucional hemos visto irrumpir con fuerza propuestas políticas que, con mayor o menor grado de radicalidad, han surgido como respuesta a la emergencia climática y entre las que cabe destacar, por su impacto mediático, el programa del Green New Deal, viralizado por Alexandria Ocasio-Cortez.

El discurso de estos movimientos y organizaciones bebe en buena medida del discurso científico, pero no solo. Si bien debemos tener en cuenta las críticas de quienes plantean que movimientos como el de los jóvenes por el clima estarían centrando su discurso demasiado en la necesidad de “escuchar a la ciencia”²⁹ (crítica extrapolable a otras organizaciones ecologistas), hay otros elementos que son centrales en el discurso de estas organizaciones y que pueden condensarse en otro de sus más sonados lemas: “Cambiar el sistema, no el clima”. Desde este lado, la respuesta política ante la emergencia climática se plantea desde una óptica de “justicia climática”, término que supone una concreción de un concepto previo surgido en Estados Unidos en la década de los ochenta e inicios de los noventa: el concepto de “justicia ambiental.”³⁰

Una característica destacable de este discurso es que inserta la emergencia climática dentro de una reivindicación más amplia de transformación del sistema socioeconómico y por lo tanto se vincula con otras demandas de justicia social. La reivindicación de “justicia climática” constituye así la columna vertebral de un discurso que pivota sobre la desigualdad vinculada al hecho de que las poblaciones que menos emisiones emiten serán las que más sufran los efectos del cambio climático y viceversa, puesto que, como a menudo se señala desde este discurso, en la actualidad solo 100 empresas son responsables de más del 70% de las emisiones de gases de efecto invernadero globales.³¹ Consideraciones en este sentido pueden encontrarse en muchos de los manifiestos, comunicados, declaraciones y notas de prensa emitidos por organizaciones sociales y ecologistas.

29 Darrick Evensen, «The rhetorical limitations of the #FridaysForFuture movement», Nature, 6 de mayo de 2019.

30 J. Martínez Allier, El ecologismo de los pobres. Conflictos ambientales y lenguajes de valoración, Icaria, Barcelona, 2011, 5ª edición ampliada, pp. 217.

31 P. Rivas, «Los 99 hombres (y una mujer) responsables de más del 70% de las emisiones», El Salto, 7 de mayo de 2019.

A partir de ahí encontramos una gran variedad de perspectivas que conforman múltiples discursos:

- discursos que parten de una lectura generacional de la emergencia climática (movimientos juveniles);
- discursos que hacen énfasis en la incompatibilidad entre el crecimiento económico y los límites planetarios (decrecimiento);
- discursos que resaltan el carácter de clase de la crisis ambiental (ecosocialismo);
- discursos que conectan la dominación y la explotación de la naturaleza y de las mujeres, poniendo en primer plano la importancia que tienen los trabajos reproductivos (históricamente desarrollados por mujeres) y el medio ambiente para el sostenimiento de las bases materiales de la vida, las cuales estarían siendo socavadas por el patriarcado y el capitalismo (ecofeminismos);
- discursos orientados a la reducción de los desequilibrios territoriales campo-ciudad (ruralismo);
- discursos cuyo eje central son las implicaciones laborales de una reconversión ecológica del tejido productivo y la reivindicación de una transición ecológica justa (ecosindicalismo);
- discursos que, sin hacer necesariamente un cuestionamiento del capitalismo, reclaman fuertes programas de estímulo e inversión pública para descarbonizar la economía generando empleos verdes y reduciendo las desigualdades sociales (Green New Deal); etc.

Estos y otros discursos conviven de forma más o menos conflictiva bajo el marco del ecologismo político y la justicia climática, con importantes contradicciones, puntos conflictivos y desacuerdos que mantienen vivo el debate. Por otro lado, estos discursos tienden a incorporar también cuestiones como la desigual manera de la que se reparten las responsabilidades y los efectos del cambio climático entre el Norte y el Sur global, se entrelaza con otras visiones contrahegemónicas y, en general, trata de ofrecer una mirada más profunda de una emergencia climática a la que se vincula con otros desafíos como la crisis energética y a la que en ocasiones se caracteriza como una “emergencia civilizatoria”.

Para algunas plataformas como Extinction Rebellion o By 2020 We Rise Up, la emergencia climática va ligada además a un deber moral de emprender acciones de desobediencia civil pacífica ante un sistema que consideran estructuralmente injusto y violento, abriendo un debate en el seno de los movimientos ecologistas sobre cuáles son los métodos de lucha más eficaces.

Discurso mercantilista

Frente al discurso de la justicia climática, los defensores del *business as usual* sostienen que es posible formular soluciones a la emergencia climática sin cuestionar el crecimiento económico y los procesos de acumulación que constituyen la lógica intrínseca del capitalismo global, dando forma así a un discurso que podemos denominar como discurso del mercantilismo climático o capitalismo verde. Este discurso responde, por tanto, a las pretensiones del capital de mantener su tasa de ganancia en un marco de sostenibilidad ambiental.

Ecologismo y neoliberalismo convergen de esta manera en un discurso que pone el foco en soluciones de libre mercado como la privatización y mercantilización de los recursos naturales (a los cuales se concibe como “capital natural”), fomenta las soluciones individuales y busca hacer de la emergencia climática una oportunidad para abrir nuevos nichos de mercado. Apostando por una gestión ambiental más subordinada a la lógica del mercado y menos al alcance de la capacidad reguladora del Estado, este discurso constituye el corazón del actual modelo hegemónico de la gobernanza ambiental global. Así pues, los procesos de privatización y mercantilización de sectores como la agricultura, el agua, la energía, los ecosistemas... tendrían la finalidad de relegar al Estado a un mero garante de los derechos de propiedad y supervisor de los contratos privados.

En este marco, el paradigma de la gobernanza como modelo de gobierno sin gobierno tiene un papel fundamental al naturalizar el mercado como espacio para la gestión de todos los ámbitos de la vida y al otorgar la necesaria arista democrática a las sociedades neoliberales. Esto es precisamente lo que explica la facilidad con la que instituciones como la Unión Europea, el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional, entre otras, han incorporado la idea de gobernanza.

Entre las propuestas más representativas del discurso mercantilista climático podemos referirnos al mercado de emisiones de CO₂. Instaurado en 2005 mediante el Protocolo de Kyoto, el mercado de emisiones permite la compra de derechos de emisión por parte de los países más contaminantes a los países menos contaminantes. Habida cuenta de que a las empresas contaminantes les resulta más barato comprar derechos de emisión que reducir realmente sus emisiones, este instrumento se ha revelado como un estrepitoso fracaso que no ha servido para reducir las emisiones de gases de efecto invernadero y que ha puesto de manifiesto las limitaciones estructurales del capitalismo verde. A esto hay que sumar, por un lado, la complejidad técnica o la imposibilidad de poner precio a “mercancías ficticias” (como las denomina Polanyi³² como son el clima, los ecosistemas, la biodiversidad... y por otro lado, la exclusión social que genera la mercantilización de lo que desde este discurso se ha venido a denominar como “servicios ambientales”.

Consciente de la realidad de la emergencia climática, la élite mundial agrupada en torno al Foro Económico Mundial plantea hoy una refundación del capitalismo, y en su último manifiesto, su fundador Klaus Schwab, ponía el acento en que “el rendimiento (empresarial) no debe medirse tan solo como los beneficios de los accionistas, sino también en relación con el cumplimiento de los objetivos ambientales, sociales”³³. Esta afirmación de Schwab supone un reconocimiento implícito de la insuficiencia de los indicadores que miden la economía en términos únicamente monetarios, reconociendo algo que desde hace décadas defienden las corrientes de la economía ecológica o la economía feminista, a saber: la necesidad de replantear los indicadores macroeconómicos e integrar en la medición de la actividad económica valores sociales y ambientales que no son contemplados por la economía convencional.

32 K. Polanyi citado en R. Fernández Durán, *Antropoceno. La crisis ecológica se hace global*, Virus Editorial, Bilbao, 2011, pp. 81.

33 K. Schwab, «[Manifiesto de Davos 2020: El propósito universal de las empresas en la Cuarta Revolución Industrial](#)», *Foro Económico Mundial*. Acceso el 14 de febrero de 2020.

Por otro lado, los detractores del mercantilismo climático argumentan, apoyándose en la noción de límites ambientales, que la causa de la crisis climática se encuentra en la fractura metabólica del propio capitalismo global, mostrándose críticos con quienes afirman contar con soluciones a la emergencia climática que no pasen por cuestionar las lógicas estructurales del actual modelo económico; soluciones que, cabe apuntar, pueden proceder de propuestas más o menos honestas (Green New Deal) o de intentos deliberados de manipulación (“greenwashing”).

Discurso de la securitización

Bajo una retórica que enfatiza los efectos de la emergencia climática (desastres naturales, escasez, conflictos por recursos...) en lugar de sus causas, encontramos el discurso de la seguridad climática. El hecho de que el Global Risk Report 2020³⁴ pronosticara que la emergencia climática podría suponer el principal factor de riesgo que afectase al mundo este año 2020 (y con toda probabilidad cada vez más en los años y décadas venideras), da buena cuenta de la relevancia que puede llegar a adquirir este discurso.

Como bien ha expuesto el libro *Cambio Climático S.A.*, coordinado por Nick Buxton y Ben Hayes, actualmente se está dando una convergencia entre un entramado de intereses del que forman parte transnacionales de distintos sectores y agencias militares y de seguridad de la OTAN, el Pentágono, la Unión Europea y la ONU, quienes están coincidiendo en presentar los impactos climáticos cada vez más desde la perspectiva de la seguridad. Según esta doctrina, el cambio climático constituye un “multiplicador de amenazas” que, en consecuencia, debe ser abordado como una cuestión de “seguridad nacional” y precisa de una “adaptación militarizada”³⁵.

El proyecto coordinado por Buxton y Hayes, además de revisar numerosos informes de agencias militares, gobiernos y grandes corporaciones, señala el riesgo de que el discurso de la seguridad climática esté ganando terreno al lenguaje de los derechos o de la soberanía (sobre el agua, la alimentación, la energía...). Los ganadores y perdedores de las estrategias de seguridad climática saltan a la vista: enfocar el problema como una cuestión de seguridad convierte a las víctimas del cambio climático en potenciales amenazas ante las cuales las élites y las poblaciones más pudientes habrían de fortificarse o “securitizarse”, lo que abre de paso nuevos nichos de mercado para las compañías aseguradoras de riesgo.

Una mirada a los conflictos vinculados a la emergencia climática nos muestra, por ejemplo, como la “seguridad alimentaria” está sirviendo para justificar el acaparamiento de tierras, o como la “seguridad energética” está siendo utilizada para garantizar suministros a toda costa, haciendo uso en ambos casos de la fuerza militar para reprimir a activistas defensores del territorio y el medio ambiente. De hecho, el último informe de la ONG Global Witness³⁶ ha documentado más de 1.500 casos de activistas ecologistas asesinados entre 2002 y 2017.

34 «[Global Risk Report 2020](#)», Foro Económico Mundial. Acceso el 15 de febrero de 2020.

35 B. Hayes, «Colonizar el futuro: cambio climático y estrategias de seguridad internacional» en N. Buxton y B. Hayes (eds.), *Cambio Climático S.A.*, FUHEM Ecosocial, Madrid, 2017, pp. 69-94.

36 V. Raffio, «[Yo me jugué la vida por el planeta](#)», *elPeriódico*, 6 de agosto de 2019.

En un contexto en el que, además, la intensificación de la emergencia climática y los diversos conflictos ecosociales están incrementando la presión sobre los flujos migratorios (un estudio de la Universidad de Columbia estima que para 2050 habrá 700 millones de refugiados climáticos³⁷), el discurso de la seguridad climática entronca con posturas marcadamente xenófobas de la extrema derecha que se traducen en políticas migratorias fuertemente restrictivas. La convergencia entre ecologismo y nacionalismo, como podemos observar, está generando así un autoritarismo verde que, a diferencia del negacionismo climático, incorpora una defensa estratégica del medio ambiente con una justificación similar a la del “espacio vital” nazi, en este caso, medido en capacidad de carga ecológica³⁸.

Esta intersección entre seguridad climática y políticas de cierre de fronteras puede encontrarse en posiciones de ultraderechistas como Viktor Orbán (Primer Ministro de Hungría) o Marine Le Pen (presidenta del “Reagrupamiento Nacional” en Francia)³⁹, entre otros, y se alinea con la estrategia promulgada por el ideológico y referente de la extrema derecha mundial, Steve Banon.

Discurso tecnooptimista

Finalmente, el discurso tecnooptimista se caracterizaría por su fe ciega en que, gracias al desarrollo tecnocientífico, el capitalismo será capaz de generar las soluciones necesarias para solventar la crisis climática y ecológica sin transformar el actual modelo socioeconómico. En un mundo gobernado por las leyes del mercado, el discurso tecnooptimista tiende a presentar los problemas políticos como problemas técnicos, planteando que nuestras sociedades reclaman una gestión pública más al servicio de la maximización de la eficiencia que de la participación popular. De esta forma, la tecnocracia diluye el principio básico de la democracia y confía la resolución de las problemáticas sociales y ambientales a los expertos (‘tecnócratas’) y a los avances tecnológicos promovidos por la ciencia dominante. La crisis climática no sería una excepción, al ser concebida como un asunto más que no precisaría ser gestionado desde la política.

En el corazón del discurso tecnooptimista se encuentra la idea de ‘progreso’, mito fundamental del pensamiento moderno según el cual la evolución de la especie humana consistiría en un proceso lineal y predeterminado. Es esta idea de progreso la que, en esencia, nos permite entender una creencia irracional como es la de que el desarrollo tecnológico no es solo un factor más en la transición ecológica, sino que sería la fuente misma de todas las soluciones a los problemas ecológicos. Pese a tratarse, como expondremos a continuación, de una creencia irracional, este discurso es reproducido principalmente por las principales corporaciones de sectores como el tecnológico, el energético o el del transporte, entre otros, y se encuentra ampliamente extendido en el imaginario social.

37 K. Warner, A. De Sherbinin, S. Adamo y T. Chai-Onn, «[In Search of Shelter: Mapping the effects of climate change on human migration and displacement](#)», Center for International Earth Science Information Network. Acceso el 20 de febrero de 2020.

38 E. Santiago y H. Tejero *Op. cit.* pp. 130

39 L. Martínez, «[Extrema derecha y crisis climática: el riesgo del nacionalismo verde](#)», El Salto, 31 de agosto de 2019.

El discurso tecnooptimista plantea que la introducción de innovaciones técnicas permitirá mantener el actual nivel de demanda de materiales y energía sustituyendo las fuentes de energía por otras menos contaminantes y minimizando los diferentes impactos ambientales. Una visión que concuerda en muchos aspectos con la propuesta del Green New Deal, en tanto que programa mundial de inversión en tecnologías verdes que busca aumentar la eficiencia energética y expandir los suministros de energía renovable y limpia. Este planteamiento, no obstante, se encuentra con importantes limitaciones, pues si bien es cierto que es posible una cierta mejora del nivel mundial de ecoeficiencia, alcanzar la sostenibilidad ecológica y climática pasa, como queda cada vez más patente, por modificar los patrones socioeconómicos y reducir drásticamente los actuales niveles de consumo global.

En esta línea, no podemos pasar por alto lo que los detractores de este discurso han coincidido en denominar como “paradoja de Jeavons” o “efecto rebote”. Éste consistiría en la combinación paradójica de la mejora de la ecoeficiencia relativa (reducción de los recursos/impactos ecológicos por unidad de bien, servicio o PIB) y el empeoramiento de la ecoeficiencia absoluta (reducción de recursos/impactos ecológicos por sector o economía)⁴⁰. Si analizamos, por ejemplo, el nivel de ecoeficiencia de los vehículos de la Unión Europea, podemos comprobar que la mejora de las emisiones de CO₂ en las últimas décadas contrasta, sin embargo, con el aumento del parque automovilístico y los kilómetros recorridos por coche, lo que tiene como resultado el aumento de las emisiones totales y del consumo global de petróleo del sector automovilístico europeo⁴¹. La imposibilidad física de aumentar la eficiencia a la misma velocidad a la que crece la economía implica que, como hemos explicado, la ecoeficiencia sin la reducción de los niveles de consumo de materiales y energía no supone una solución real a la emergencia climática.

Por último, cabe señalar que al discurso tecnooptimista se le ha venido reprochando el hecho de que recurrentemente haga caso omiso a las advertencias que buena parte de la comunidad científica, en nombre del “principio de precaución”, ha venido emitiendo respecto a los riesgos que entrañan determinadas soluciones tecnológicas. Es el caso, por ejemplo, del empleo de técnicas de geoingeniería, promovidas con cada vez más fuerza por la élite tecnocientífica. Como herramienta de manipulación climática a gran escala, la geoingeniería pretende la estabilización del clima mediante estrategias de ingeniería climática orientadas principalmente a la gestión de la radiación solar (GRS) y la reducción del dióxido de carbono (RDC)⁴², con potenciales efectos ecológicos y climáticos adversos que han de ser tenidos en cuenta.

En resumen, esta carencia de un procedimiento y un método realmente científico, nos llevan a pensar que parecería más acertado calificar a la respuesta tecnooptimista a la emergencia climática más como la ilusión de una respuesta que como una respuesta verdaderamente plausible.

40 F. Prats, Y. Herrero y A. Torrego, *La gran encrucijada. Sobre la crisis ecosocial y el cambio de ciclo histórico*, Libros en Acción, Madrid, 2ª edición, 2016, pp. 52.

41 R. Fernández y L. González, *En la espiral de la energía. Volumen 2: Colapso del capitalismo global y civilizatorio*, Libros en Acción, Madrid, 2014, pp. 167.

42 «[Geoengineering the climate: science, governance and uncertainty](#)», The Royal Society. Acceso el 16 de marzo de 2020.

“Los climáticos años 20”: la disputa cultural en la década decisiva

En los albores de la década 2020-2030, la creciente incertidumbre vinculada a la crisis ecosocial se ha convertido en la norma. A la intensificación de la crisis climática y ecológica se suman una dramática pandemia global como la del Coronavirus que pone en jaque los sistemas sanitarios de los Estados nacionales, tensiones geopolíticas por el control de las nuevas rutas comerciales así como por el control de las últimas tecnologías, el aumento desmesurado de las desigualdades, la precariedad laboral, una creciente presión migratoria, y en resumen, una enorme cantidad de factores que complejizan una coyuntura global ya de por sí compleja y que abocan a la humanidad a una crisis sistémica en la que el desafío ecológico y climático se presenta como la gran batalla política del siglo XXI.

En este marco, son múltiples los agentes políticos, económicos y sociales que pugnan por reconstruir una visión de conjunto que permita interpretar la realidad social de acuerdo a sus intereses, pues como explicamos en el primer apartado, el lenguaje, lejos de ser neutral, está atravesado por relaciones de poder que hacen de los procesos de comunicación el terreno de confrontación entre los distintos relatos. Pese a la pluralidad de interpretaciones, no obstante, algo se mantiene invariable: ninguna de ellas pasa ya por alto la importancia de la cuestión climática. De hecho, como expusimos en el segundo apartado, los argumentos ecologistas ocupan un lugar cada vez más destacado en análisis que pueden ser incluso contradictorios entre sí.

No cabe ninguna duda acerca de que actualmente nuestras sociedades se encuentran en un punto de inflexión respecto a la conciencia sobre el problema climático. La reciente irrupción del ecologismo como movimiento social de masas, apoyado en el sector científico más comprometido y liderado por las generaciones más jóvenes, ha ganado un terreno nada desdeñable: logró que la idea de emergencia climática trascendiera toda frontera y se convirtiera en la palabra del año 2019, arrastrando a un cambio de marco a los principales medios de comunicación, desencadenando incontables declaraciones institucionales de emergencia climática y posicionando importantes reivindicaciones del ecologismo político y la justicia climática en el centro de la agenda política. Decir que 2019 ha sido el ‘año del despertar climático’ podría ser mucho más que un simple eslogan político: todo apunta a que nos encontramos ante la apertura de un ciclo de movilizaciones empujado por una sociedad civil sabedora de que nos adentramos en una década decisiva en la que, según la ciencia, la humanidad se juega su última oportunidad para mantener las condiciones de habitabilidad de nuestro planeta.

En paralelo a este proceso, sin embargo, los argumentos ecologistas han sido también absorbidos por una élite global que, bajo el discurso del mercantilismo climático, la seguridad climática y el tecnooptimismo, ha encontrado en la emergencia climática nuevas justificaciones para reforzar la vieja doctrina del sálvese quien pueda.

El calculado repliegue discursivo en materia climática en las últimas décadas da buena cuenta de los verdaderos intereses del poder: primero negaron la existencia del cambio climático, luego reconocieron su existencia pero negaron que supusiera un problema, posteriormente reconocieron que sí suponía un problema pero negaron su origen antropogénico, y solo al final han reconocido la realidad de la crisis climática para defender que la solución está en manos del mercado, la securitización o la tecnología. De esta forma, los sectores más reaccionarios hacen uso de su mayor capacidad para

articular estrategias a escala planetaria y moldear la opinión pública global de manera funcional a sus intereses.

En esta línea, una de las discusiones de mayor actualidad dentro del ecologismo, la que gira en torno al Green New Deal, no puede entenderse al margen de la correlación de fuerzas de nuestra época. Así como el paradigma del desarrollo sostenible llevaba en su ADN los embates de la gobernanza ambiental neoliberal, el Green New Deal y su narrativa funcional a una refundación “verde” del capitalismo corre el riesgo de convertirse en la nueva construcción discursiva al servicio del poder. Aún así, este marco hoy está siendo disputado desde posiciones transformadoras que entienden la necesidad de toda alianza que vaya en la dirección de una transición hacia la sostenibilidad ambiental.

Con todo, la disputa por el relato en torno a la emergencia climática está servida. Por dónde se decantará esta dependerá de la capacidad de los diferentes sectores sociales de hacer hegemónicos nuevos imaginarios que proyecten un nuevo orden social en favor de los más poderosos o en favor de las poblaciones más vulnerables. Serán estos imaginarios sociales los que, en buena medida, harán caer las declaraciones de emergencia climática del lado de la dominación social y la depredación ambiental en forma de ecofascismo, o del lado de la emancipación social y del cuidado de la vida. Desde la perspectiva de una transición ecosocial bajo criterios de justicia climática, el reto pasa por seguir contribuyendo a concienciar y dotar de herramientas a una sociedad global e interconectada, desplegando una guerrilla semiológica climática que debe venir acompañada de procesos de transformación concretos impulsados desde la base social.

Nuestra civilización se encuentra hoy ante la disyuntiva de reestructurarse o perecer, y la crisis climática es, sin duda, uno de esos desafíos determinantes para nuestra supervivencia. Aunque no cesarán de presentarse nuevas amenazas a las que la humanidad tendrá que responder, la urgente acción política que reclama el problema ecológico y climático no debería quedar eclipsada bajo ninguna circunstancia. Por eso, así como el movimiento Fridays For Future supo convertir los viernes en “viernes por el futuro”, toca hoy emprender la construcción de un discurso que convierta la década entrante en “los climáticos años 20”. Un discurso sobre aquella década en la que fuimos capaces de articular una respuesta socialmente justa a la emergencia climática. Un discurso que haga las veces de profecía autocumplida. Pues eso es exactamente lo que necesitamos.



Av. de Portugal, 79 (posterior)

28011 – Madrid, ESPAÑA

Tel. +34 914 310 280

Correo electrónico: ecosocial@fuhem.es

<https://www.fuhem.es/ecosocial>

<https://www.facebook.com/fuhemecosocial>

<https://twitter.com/fuhemecosocial>